

OS SONS DA NOITE

A noite en vela non basta para escoltar os sons que non escoitei cando hora foi e gardalos na bolsa das cousas de levar. Quen pode saber o que din as nubes cando se moven de aquí para alí? Quéixase a cerdeira cando agatuña polo seu tronco arriba o rei dos gatos, o que naceu no monte e nunca tivo dono que lle morrera? Que vén de facer o mozo que asubía ás catro da mañá e canta

*No te puedo querer
porque no sientes lo que yo siento.
No te puedo querer
apártate de mi pensamiento*

para que o escoiten as mozas que están encinta e non dan dormido?

O tractor de Sanxurdo, escachando as pedras e esgarduñando a noite, que lugar ocupa no mundo?, que fai afumando a escuridade mesma?

Sería mellor cambiar de sitio e ver se se escoita o canto da ra. Tamén os sapos cantan. Salta un paxaro dunha póla para a outra. O lene bater de ás dos morcegos fai un zoar que case non se sente, parécese ao dun airiño suave contra as sabas que penden do arame da roupa. Se me movo ata o fondo da eira, oírase a melodía da auga caendo coma un fio dende a tella do rego ata o fondo da poza de beber o gando. Iso que se move na ribada será unha cobra. Dis que non fan mal, as cobras, dis que se comen noutros países. Isto que piso e estala coma unha folla seca puidese ser a camisa dunha cobra. Aínda máis atenta, gustaríame ser quen de oír os sonidos da terra cando a toupa fai as súas toupeiras. Se a terra rebenta terá que ruxir algo. Caen as follas da nogueira con moito coidado de non se mancar, con moito coidado. Os gatos entre a leña brincan cos garabullos e fan que se morden uns aos outros, pero non se morden. Só falta o gato do papá, o que tiña en cada ollo un anaquiño de pan de trigo. Séntome na restra da leña e tapo a cabeza cunha cesta de vimbio. Óese ao lonxe, alá contra o Norte, o ladrido dun can. Contéstalle o ladrido doutro can alá polo Sur. Poida que xa sexan as cinco. Acurrúnchome e trato de caber dentro da cesta. Estalan os vimbios secos. A noite alóngase mirando os devanceiros e escoito o meu nome. Alguén me chama e chora cun pranto tan dorido que rompe a alma. Di

acúdeme,
váleme por favor
váleme.
Son a rapaza que non acerta co dedo do dedil,
co rabo da culler,
que confunde a mañá chea de luz e lume
coa profundidade da noite negra.
Non recoñezo os sitios onde seica estiven,
asústanme as paixases que nunca vin,
teño tanto medo da xente que fala alleas linguas,
teño tanto medo aos sons da noite
que aterezo.

Miro para ela e penso que sei quen é pero ela segue laiado coma un cadeliño abandonado nunha congostra, igualiño ca un cadelo golpeado. Eu póñoille a man na fronte e sinto o meu sangue correr debaixo da miña man. E máñchome de sangue co meu sangue. E non rebenta o tellado da palleira nin escachan as curuxas a testa contra un penedo. Este é o rabo da culler, pequena, mira, cóllese así. As linguas non teñen a culpa do mal que se lle fai aos nenos con elas. Velaquí como se colle a culler, non chores máis. E os mortos, filla, os mortos entérranse coa cara para baixo con moito respecto para que non saian de alí nunca, nunca, para que non saian de alí, meu ben, non saian nunca, nunca.

LOS SONIDOS DE LA NOCHE (Versión en castellano de la autora)

La noche en vela no basta para escuchar los sonidos que entonces no escuché y guardarlos en la bolsa de las cosas de llevar. ¿Quién puede saber lo que dicen las nubes cuando se mueven de un lado al otro?

¿Se queja el cerezo si por su tronco hacia lo alto trepa el rey de los gatos, el que nació en el monte y nunca tuvo un amo que se fuera a morir?

Qué ha estado haciendo el muchacho que silba a las cuatro de la mañana y canta

*Non te podó querer
porque non sentes o que eu sinto,
non te podó querer,
apártate do meu pensamento*

para que lo escuchen las que están encinta y no pueden dormir?

El tractor de Sanxurdo rompiendo piedras, lijándole los filos a la noche, ¿qué lugar ocupa en el mundo?, ¿qué hace ahumando la oscuridad misma?

Sería mejor cambiar de ventana y ver si se escucha el canto de la rana. También los sapos cantan y habría que escucharlos. Cambia de rama un pájaro. El aleteo de los murciélagos hace un sonar que casi no se siente, se parece al de un aire suave contra las sábanas que penden del alambre de la ropa.

Si me muevo hasta el fondo de la era, se oirá la melodía del agua cayendo como un hilo desde la teja del surco hasta el fondo de la poza donde bebe el ganado. Eso que se mueve en el ribazo será una culebra. Dicen que no hacen daño. Dicen que se comen en otros países. Esto que piso y estalla como una hoja seca pudiera ser la camisa de una culebra. Más atenta aún, me gustaría se capaz de oír los sonidos de la tierra cuando el topo construye sus toperas. Si la tierra revienta, algo tendrá que sonar. Caen las hojas del nogal con mucho cuidado de no hacerse daño, con mucho cuidado. Los gatos en la leña juegan con los palos y hacen como que se muerden los unos a los otros, pero no se muerden. Sólo falta el gato de mi padre, el que tenía en cada ojo un pedacito de pan de trigo. Me siento en la ristra de la leña y tapo la cabeza con una cesta de mimbre, como una loca. Se oye a lo lejos, allá hacia el Norte, el ladrido de un perro. Le contesta el ladrido de otro perro allá por el Sur. Pudieran ser las cinco de la mañana. Me acurruco en el suelo y trato de caber dentro de la cesta. Estallan los mimbres secos. La noche se alarga mirando al pasado y oigo mi nombre. Alguien me llama y llora con un llanto tan dolorido que rompe el alma. Dice

“acúdeme,
Ayúdame, por favor
ayúdame.
Soy la niña que no acierta con el dedo del dedal,
con el rabo de la cuchara,
que confunde la mañana llena de luz y lumbre
con la profundidad de la noche negra
no reconozco los sitios donde al parecer estuve,
me asustan los paisajes que nunca vi.
No sé enterrar a mis muertos.
Tengo tanto miedo de la gente que habla extrañas lenguas
tengo tanto miedo de los sonidos de la noche
que estoy temblando”.

La miro y pienso que sé quien es pero ella sigue quejándose como un perrito abandonado en un camino hondo, igualito que un perro golpeado. Le pongo la mano en la frente y siento mi sangre correr debajo de mi mano. Y me mancho de sangre con mi sangre. Pero no revienta el tejado del cobertizo ni se dejan las lechuzas la cabeza contra una roca.

Este es el rabo de la cuchara, pequeña, mira, se coge así. Mira cómo se coge, no llores más. Las lenguas no tienen la culpa del daño que se hace a los niños con ellas. Así es como se coge la cuchara. Y los muertos, hija, los muertos se han de enterrar con la cara hacia abajo con mucho respeto para que no salgan nunca de allí, para que no salgan, bonita, no salgan nunca, nunca.



Dibujo: Amparo Barderas

Luz Pichel (Alén, Pontevedra, 1947), Catedrática de Lengua Castellana y Literatura en el Instituto "Ágora" de Alcobendas, es, junto con Guadalupe Grande, el alma del Centro de Estudios de la Poesía de San Sebastián de los Reyes. Recientemente ha recibido el XXVI Premio Esquíu de Poesía en lengua gallega por su libro *Casa Pechada*, del que publicamos esta muestra en versión bilingüe gallego/castellano. Obtuvo el Premio Hispanoamericano de Poesía 'Juan Ramón Jiménez' 2004 por su libro *La marca de los potros*, editado por la Diputación de Huelva. Anteriormente fue galardonada con el Premio de Poesía de Ciudad de La Palma con la obra *El pájaro mudo* (1990). En *El pájaro mudo y otros poemas* (Universidad Popular José Hierro de San Sebastián de los Reyes, 2004), se recogen, además de su primer libro, los poemarios *Ángulo de la Niebla*, *Las cartas de la mujer insomne* y *Hablo con quien quiero*.